

Pedro Vilarroig Aparici

El acuarelista español del siglo XX

Pintor castellonense con obras en varios museos del mundo, consiguió dignificar en España la técnica de la acuarela, después de crear en 1945 la Agrupación Española de Acuarelistas. Amigo y colaborador de Ramón Stolz y Sanchis Yago, fue alumno de Vicente Castell y Juan Bautista Porcar.

En 1995 alguien nos hizo saber en el Ayuntamiento, al alcalde **Gimeno** de modo principal, que en la Goya Gallery de Nueva York destacaban de forma notoria las acuarelas de **Pedro Vilarroig**, quien insistía en proclamar su orgullo de ser de Castellón.

Seguimos la pista del artista y todo acabó con el homenaje que se le tributó a finales del mes de octubre del año 1997, con un acto institucional en el salón de plenos del Ayuntamiento y la exposición de la Sala San Isidro de la Caja Rural, con la colaboración de la Galería Infantas, de Madrid. Lo había provocado el alarde de castellonerismo del pintor en lugares remotos, aunque muy significativos.

Ahora, a los 88 años de edad, después de enviudar recientemente, me ha enviado una carta desde Madrid donde vive, en la que expresa su emoción por haber leído nuestra página de **José Viciano Martí**, recordándome que el escultor tuvo un nieto llamado **Ramón Stolz Viciano**, excepcional muralista, con el que el propio Vilarroig mantuvo una estrecha relación.

–Con él empecé a sentir el apasionamiento por la acuarela-, me dice.

Pedro Vilarroig está considerado como el gran acuarelista español del siglo XX, con un prestigio adquirido desde 1928 cuando, siendo un niño prodigio, presentó su primera exposición en el Casino Antiguo y desde entonces ha efectuado sistemáticamente dos exposiciones al año, hasta que en el reciente 2001 vimos la última precisamente en la sala Estudi de Vila-real.

–El propio Ramón Stolz –me contaba– también organizó exposiciones más al principio en las villas de Benicàssim y en la sala Mateu de Valencia, además de la del Casino, que propició el Ateneo.

–Setenta años pintando y exponiendo son muchos, ¿cuál es el secreto?

–Ninguno, el trabajo y nada más. El estudio de la naturaleza y el color, el brillo de la luz sobre cada material..., ningún secreto. Si acaso, haber tenido maestros como **Vicente Castell** y el señor **Porcar**.

LA VIDA

Hijo de **Vicente Vilarroig** y **Teresa Aparici**, nació en Castellón el 4 de mayo de 1914, en la calle del Gobernador, a *vora sequia*, casi frente al Palacio del Obispo, de cuyos ventanucos redondos recordó conmigo juegos comunes con veinte años de diferencia.

A los 12 años ya pintaba muy bien y en 1926 ingresó en la academia que el maestro **Vicente Castell** tenía en la calle Cervantes.

–Sí, ya digo que aquel grandísimo pintor fue mi primer bondadoso maestro, –me insiste.

Tanto avanzó que en 1927 la Diputación le concedió una bolsa de viaje para cursar estudios: se curtió en el taller del ceramista **Antonio Peiró**, en Valencia. Y alternó el aprendizaje de la mano de **Juan Bautista Porcar**, otro maestro, aunque su gran padrino fue el político y editor **José Catelló y Tárrega**. Le consiguió otra beca de la Diputación que le permitió matricularse en el curso 1929-30 en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, donde tuvo un paso meteórico al conseguir matrículas en todas las asignaturas, que le empujaron a la de San Fernando de Madrid, donde permaneció hasta el año 1936. Consiguió todos los premios posibles, la Pensión Paular, el Premio Molina-Higueras de fin de carrera, el título de profesor de dibujo...

El 28 de noviembre de 1938 contrajo matrimonio en Valencia con la excelente violinista **Matilde Aroca**. Fijaron su residencia en Madrid y tuvieron dos hijos, **Matilde Vilarroig**, que ha sido muchos años directora de la Biblioteca Nacional del CSIC y el ingeniero de Minas **Pedro Manuel**, profesor de la Escuela Técnica Superior y notable compositor.

En 1945 fue cofundador de la Agrupación Española de Acuarelistas, de la que fue Secretario General los primeros diez años. Y en 1950 fundó el Consejo Nacional de la Acuarela, que organizó cuatro grandes *salones*, en Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao. Es socio de honor de ambas instituciones, así como de la Sociedad Amigos de la Acuarela, de México.

En 1992, la revista *Correo del Arte* le concedió el Premio Nacional como Mejor Acuarelista del año y del siglo XX.

Aunque no practicó su magisterio de forma profesional, es notorio que contribuyó a la formación de gran número de acuarelistas, de Madrid y alguno de Castellón.

–¿De Castellón?

–Mi alumno principal fue **Vidal Serrulla**, pero considero que otros como **Tasio** y **Luis Fabra** son muy dignos acuarelistas. ¡Ah! y también **Traver Griñó**, que es buenísimo.

–Siga con Castellón, don Pedro. Hábleme de más recuerdos...

–Hombre, si hecho la vista atrás, mis evocaciones son para **Ramón Stolz Viciano**, al que me lo encontré de catedrático en la San Fernando de Madrid. También se sentía muy castellonero, por su madre y su abuelo. Y tengo también gratísimos recuerdos de **Rafael Sanchis Yago**. Y de **Gimeno Barón, Vicente Renau, Badía**... No se quejará –se estaba despidiendo–, le doy nuevos nombres ilustres para su página de los domingos.

No me quejo. Al contrario, *moltes gracies*.

EL RECUADRO

El pintor castellonense Pedro Vilarroig, defensor a ultranza de la técnica de los colores diluidos en agua, escribió artículos y ofreció charlas y conferencias hablando de la acuarela. Gustaba de recordar la anécdota del genial Miguel Angel a quien le preguntaban si era muy difícil realizar una escultura y respondía: “Para conseguir una escultura, sólo hace falta quitar lo que le sobra al bloque de mármol”. Pues igual, decía Vilarroig, para conseguir una acuarela sólo hace falta quitar o tapar el blanco que le sobre y el cuadro está hecho.

También afirmaba que la acuarela aparece con Alberto Durero en 1500, con quien ya se mezclan, diluyen y complementan los colores, formando degradaciones y tonos intermedios fundidos, contrastes, armonías. Y que no es justo que se menosprecie un procedimiento notable y diáfano como es el de pintar a la acuarela, cuyo mayor encanto y belleza radica en su luminosidad, brillantez, ingravitación y transparencia.